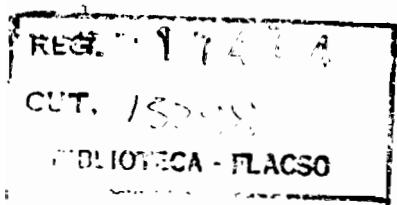


Cultura política y democratización

Biblioteca de Ciencias Sociales
Directores: Mario R. dos Santos
y Cristina Micieli.
Programa de Publicaciones
Asistente: Ariel Sher.



I.S.B.N.

Diseñador de portada: Pepa Foncea.

Corrector de pruebas: Leonel Roach.

Inscripción N° 67.603

Impresor: Salesianos.

Bulnes 19. Santiago de Chile.

Primera Edición: agosto de 1987.

Copyright de todas las ediciones en español por

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Av. Callao 875, 3er. piso, 1023 Buenos Aires, Argentina.

Composición: Compoláser,

Av. Providencia 329, 3er. piso, Santiago de Chile.

INDICE

	Página
Presentación	7
I	
Del radicalismo reivindicativo al pluralismo radical, <i>Ludolfo Paramio</i>	17
Rasgos básicos en la transformación de la cultura política española, <i>Rafael del Aguila</i>	25
Notas sobre el fenómeno ETA, <i>Javier Garayalde</i>	33
II	
La trama cultural de la política, <i>Oscar Landi</i>	39
Política y militancia: ¿hacia el fin de una cultura fragmentada?, <i>Vicente Palermo</i>	66
Consenso democrático en el Chile autoritario, <i>Angel Flisfisch</i>	99
La cultura política de la juventud popular del Perú, <i>Julio Cotler</i>	127

III

La cultura política de las mujeres, <i>Judith Astelarra</i>	149
Una gramática postmoderna para pensar lo social, <i>Benjamín Ardití</i>	169
Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación, <i>Fernando Calderón y Mario R. dos Santos</i>	189

IV

Gramsci y el sentido común, <i>José Nun</i>	199
El concepto de lo político según Carl Schmitt, <i>Franz Hinkelammert</i>	235
La democratización en el contexto de una cultura postmoderna, <i>Norbert Lechner</i>	253

LA TRAMA CULTURAL DE LA POLITICA

Oscar Landi

Presentación.

Una de las características de los análisis de cultura política es el de presentar una tensión entre su capacidad para poner en su órbita a un conjunto muy grande de fenómenos (creencias, expectativas, discursos, ceremonias, rituales, simbologías, gestos, memorias, olvidos) y su dificultad para asemejarse -si tal es su intención- al género clasificatorio y de matriz conductista que ha prevalecido (y aún prevalece, aunque con cierto decaimiento) en algunas vertientes de las ciencias políticas como modelo de rigor analítico. La hermenéutica, la elaboración interpretativa con que trabajan los rastreadores de las relaciones de sentido presentes en la vida política son proveedoras de nociones y postulaciones que hoy día circulan y son requeridas por los más diversos enfoques sobre el campo político; sin embargo, su trabajo se sitúa a distancia de los dominios consagrados de ciertas tradiciones académicas.

En este texto forzaremos la cuestión: no sólo no pretendemos salvar las incertidumbres teóricas que recorren el tema de las culturas políticas sino que ensayaremos *conjeturas* sobre algunas configuraciones simbólicas e imaginarias que se presentan en la actual "democracia emergente" argentina. Los ingredientes de este análisis son el discurso político, resultados de encuestas de opinión, observación de comportamientos y estilos políticos y la interpretación de la acción de los actores del proceso político. Diríamos que es una especie de ensayismo más interesado en formular algunas hipótesis de trabajo que en fundamentar muy explícitamente lo que está proponiendo, mostrar evidencias o recurrir permanentemente a las clásicas pruebas de los números o de algunos hechos. Presentaremos proposiciones que se sostienen en la observación, el registro y la elaboración de acontecimientos de nuestro presente, pero que aquí no se ofrecen como certezas o conclusiones acabadas sino como conjeturas destinadas a

volver a ingresar y a ponerse a prueba en nuevos exámenes de procesos reales.

De las Malvinas a las elecciones.

1983 fue un gran año para los partidos políticos argentinos. Cuando a fines de marzo venció el plazo para realizar las afiliaciones que habilitaban para participar en las decisiones partidarias, su cifra global fue enorme. Meses antes, la marcha de la Multipartidaria y su concentración en la Plaza de Mayo había producido el hecho que quizás terminó de definir el rumbo político en dirección de las elecciones generales, hasta entonces inciertas. La transición hacia el régimen constitucional devolvió a los partidos el centro de la escena, pero su retorno a las lides electorales iba en andas de otro proceso mayor: la democracia estaba indisolublemente unida a la "vuelta de la política". En las afiliaciones a los partidos, en las concentraciones y marchas se reafirmaba la voluntad de dejar atrás la época del Proceso; partidos y democracia aparecían como sinónimo o, por lo menos, la entrada en el régimen democrático pasaba inexorablemente por los partidos.

El triunfo del radicalismo en octubre significó el cambio de la mayoría electoral y fue síntoma de transformaciones político-culturales más vastas, pero no alteró un dato arrastrado desde el largo plazo en la política nacional: la existencia de fuertes partidos desde el punto de vista electoral, pero precarios desde el punto de vista institucional. El Partido Radical accedió al gobierno merced a la derrota de la línea prevaleciente por décadas en su seno y de su aparato histórico. La corriente liderada por Raúl Alfonsín ganó su partido pero en ese mismo impulso accedió al Estado y no tanto a la reconversión institucional de su partido. El peronismo, además de ser históricamente un Movimiento, atravesaba una profunda crisis, no repuesto de sus confrontaciones internas de comienzo de la década del 70, de la muerte de Perón y de su arrinconamiento en los años del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983), crisis que el resultado electoral no hizo más que agravar. Y estas dos vertientes sumaron nada menos que el 92% de los votos. A la izquierda, diversos grupos salían de soportar una situación duramente represiva, sostenidos por referentes doctrinarios que, en más de un caso, mostraban una inercia más apta para la reproducción de subculturas que para realizar políticas de masas. A la derecha, en algunas franjas como novedad y en otras por la fuerza de las circunstancias, se dio el ingreso a cierto juego político institucional de sectores cuya forma de relacionarse con la decisión estatal mostraba una historia más cercana a los cuarteles que a las urnas.

Es que no sólo la debilidad institucional de nuestro sistema de partidos expresaba sus características históricas nacionales, sino que también pesaba la particular forma en que se precipitó la crisis del

Proceso. Hasta los años 78 y 79 el gobierno militar operaba con la certeza de que estaban para quedarse, en el sentido de que dejaría transformaciones duraderas y bajo control en el funcionamiento global del país. Lo evidencia fácilmente un mero vistazo de los diarios de la época, de las declaraciones de los funcionarios públicos o de los testimonios que se efectuaron luego en el juicio a las Juntas Militares por la violación de los derechos humanos durante aquellos años. Había algo así como un clima de época que generaba un horizonte de expectativas en el que gran parte de los políticos argentinos se sumergían ideando salidas a la situación que, de una forma u otra, pasaban por combinaciones con los militares. No estamos hablando de los sectores que apoyaron estratégica o tácticamente al golpe o a algún sector del gobierno del Proceso, sino del clima de época que teñía la imaginación de gran parte de la clase política argentina en años tan negros. Por cierto, en la sociedad hubo actos de resistencia, llamados a huelgas desde el sindicalismo, la actuación fundamental de los movimientos de derechos humanos y reclamos de vuelta a la democracia. Pero fue como si el desgaste del gobierno que empezó a salir a la superficie hacia 1980 hubiese derivado, principalmente, de fallas en su propio rendimiento, de no haber logrado concretar sus muy ambiciosas metas de transformación del país: sus fallas de gobernabilidad respecto del empresariado, el giro especulativo de la economía, los magros resultados en su intento de formar una fuerza política heredera del Proceso, su falta de *timing* apropiado para vincularse con la sociedad, derivado del laberinto decisorio que creó para "compatibilizar" las opiniones de los distintos sectores de las distintas fuerzas, de las distintas zonas del país bajo su ocupación. Hacia 1982 la sociedad evidenciaba síntomas de reactivación de la presencia popular y opositora. Fue entonces el gobierno del General Galtieri (que se sostenía en la idea de que el Proceso tenía objetivos propios que cumplir antes de ensayar cualquier salida negociada con fuerzas civiles) el que intentó adelantarse a las derivaciones políticas que podría tener un eventual crecimiento de la activación social y produjo el hecho que fulminó al Proceso: la guerra por la recuperación de nuestras islas Malvinas. De allí en adelante asistimos a la crisis de un régimen que asumía la forma de un colapso. De modo que la movilización social y opositora de comienzos de 1982 no tuvo oportunidad de seguir un curso ascendente, más o menos progresivo, hasta derrumbar "desde abajo" al Proceso, sino más bien fue una crisis desencadenada "desde arriba". La historia es conocida, pero la señalamos con la intención de *definir la lógica política en que se recreó luego una escena y la palabra pública, centralizada y estimulada cada vez más por nuestros partidos*. Era una sociedad que no tenía claros referentes para constituir una imagen de sí misma, como lo evidencia el dato de las encuestas electorales del 83, en las que ganaba el candidato radical en cuanto a las preferencias de encuestados que, sin embargo, opinaban mayoritariamente que ganaría el

peronismo. Pero la Argentina no salía de la etapa del Proceso como de un paréntesis y sus partidos no podían seguir una suerte de conversación interrumpida en marzo de 1976, ni se trataba de un recontacto con bases electorales iguales a sí mismas desde hacía décadas.

La cultura y la palabra partidaria.

Desde el fin de la guerra de Las Malvinas hasta las elecciones de octubre de 1983 la sociedad argentina presentó una suerte de gelatinosidad institucional; en su interior la recreación partidaria de la escena pública tuvo su centro de gravedad en el acto, el discurso y la propaganda política. Fueron años de revalorización de las palabras, de enunciaciones que proponían genealogías del país, diagnósticos del presente, nuevas y viejas formas de interpelación, luego de largos años de veda política y desinformación, en los que la voz de los partidos ocupó un lugar marginal respecto de la escena pública oficial (situación de la que no fueron ajenas las propias limitaciones del discurso partidario, dominado por la inercia temática y la desorientación defensiva en más de un caso). Fueron meses de elaboración de la demanda democrática en los que no podemos registrar cambios socioeconómicos sospechosos de ser causa directa de la recomposición del cuadro político, en los que se mantuvo un porcentaje muy alto de indecisos electorales hasta pocas semanas antes de las elecciones en las que se configuró una nueva mayoría electoral con el triunfo del Partido Radical.¹ Esto es, fueron meses en los que el condicionamiento cultural de la acción y la palabra política pesó de manera decisiva en el resultado de unas elecciones que supusieron el cambio del régimen político mismo.

En esas circunstancias, *la posible efectividad de los discursos de la política dependió en gran medida del tipo de intertexto que entablaban con las transformaciones del sentido común y las culturas políticas de los años previos. Fue en la relación entre estos elementos donde se decidió la lucha por la competencia comunicativa política de una coyuntura tan significativa, que por su pretensión refundacional del país tendría tanta capacidad de marcar la lucha político-cultural futura.* La nueva mayoría electoral se sostuvo como relación de sentido entre candidatos y votantes en un particular "contrato de veredicción" discursivo.²

¹ Analizamos las elecciones de 1983 en *El discurso sobre lo posible*, Estudios CEDES, Buenos Aires, 1985. En este texto intentamos exponer una visión más abarcadora de un conjunto de factores de diversa naturaleza que sostuvieron y se expresaron en aquella campaña electoral. Aquí retomamos algunas ideas de ese trabajo como puntos de pasajes a otros desarrollos del tema.

² Greimas plantea que: "...el discurso es ese frágil lugar en el que se inscriben y se leen la verdad y la falsedad, la mentira y el secreto; sus modos de veredicción resultan de la doble contribución del enunciador y del enunciatario, sus diferentes posiciones no se fijan sino sobre un equilibrio más o menos estable proveniente de

Durante el Proceso, las actividades que podemos calificar como culturales en un sentido restringido, las ligadas al arte, la industria cultural nacional y la escuela, habían sufrido un fuerte deterioro. Pero la asociación que realizó el gobierno militar entre el cambio de los procesos de formación del poder y las operaciones de reculturalización que debían acompañarlo ("cambio de mentalidad", disciplinamiento, cultura del miedo, etcétera), otorgó a las iniciativas culturales de la sociedad civil particulares funciones y relaciones con el poder político:

a) El deterioro de la vida cotidiana otorgó a ciertas actividades el carácter de verdaderas estrategias de sobrevivencia del sentido; un ejemplo nítido de esto es la demanda educativa que se mantuvo y aumentó aun con plena conciencia de parte de sus demandantes de su casi nula proyección laboral.

b) Determinados temas expulsados del discurso oficial fueron protegidos, elaborados y resignificados por los lenguajes propios de ciertas actividades culturales.

c) Algunas actividades adquirieron un valor cultural y político no tanto por lo que eran o decían sino, fundamentalmente, por el mismo acto de su realización, que pasaba a ser parte del lenguaje.³

d) Ciertos hechos culturales adquirieron una valencia política y ocuparon una posición relativa de gran importancia en el retaceado espacio de lo público. En la fase final del Proceso, por ejemplo, la escena artística colaboró de forma destacada a bloquear toda posibilidad de recomposición de una mínima legitimidad del gobierno militar.⁴

Si nos desplazamos a una acepción más amplia de la cultura, también nos podríamos preguntar: ¿cómo funcionaron estas actividades, los gestos de los movimientos como el de las Madres de Plaza de Mayo, los barriales, etcétera, en la elaboración que hicimos los argentinos de procesos de la vida pública en los que, ya sea de manera participativa o

un acuerdo implícito entre los dos actuantes de la estructura de la comunicación. Es este entendimiento tácito el que es designado con el nombre de contrato de veredicción". (En "Le Contrat de Vérediction", en *Du Sens II*, Seuil, Paris, 1983, pág. 105).

³ El llamado "rock nacional" es típico en este sentido: no alude a una corriente musical homogénea, ni a un parejo nivel artístico, sino a la unidad del fenómeno cultural juvenil que congregó. Entre músicos y público se entablaron complicidades, sobreentendidos, lenguajes con cierto grado de ciframiento que sostenían estos lugares de encuentro, de reconocimiento entre pares y, a veces, de refugio frente a la filtración de la mentalidad autoritaria a nivel familiar. Al respecto véase de Pablo Vila, "Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil" en *Los nuevos movimientos sociales 11*, compiladora, Elizabeth Jelin, Biblioteca Política Argentina, Centro Editor de América Latina, 1985.

⁴ En este aspecto fue claro el papel jugado por "Teatro Abierto". Analizamos estos temas en "Campo cultural y democratización política" incluido en *Políticas culturales y crisis de desarrollo en América Latina*, Néstor García Canclini (comp.), editorial Grijalbo, México, 1987.

por la amplitud de la represión, nos vimos involucrados durante largos años? ¿Cómo se procesó o no la asimilación de la política a la guerra? ¿Cuáles fueron los efectos de la cultura del miedo y el terror? ¿Hasta qué punto el Proceso, aun con el final que tuvo, dejó marcas culturales perdurables en el sentido común y en la percepción política de los argentinos?

Y particularmente para lo que trataremos de analizar: ¿qué complejas relaciones de significación se entablaron entre la trama de micro-relatos informales de la cotidianeidad y los discursos partidarios?

Habiendo generado una relación más rica y elástica entre ciertos componentes del sentido común político de amplios sectores de la población (con centro de gravedad en las capas medias), el entonces candidato Raúl Alfonsín logró producir simultáneamente dos elementos fundamentales en la confrontación interdiscursiva de aquella campaña electoral: a. *la constitución de su principal adversario, el peronismo, en una trama de acción política que evocaba el pasado que se intentaba superar, operación en la que fue decisiva la eficacia de su denuncia de un supuesto pacto militar-sindical, que dejó al partido votado por la mayoría de la clase obrera en una suerte de imposible negativo, como representante del peligro de la repetición de cierta forma de hacerse la política que sólo podía presagiar la continuación de crisis* y, b. *la ubicación del actual Presidente en el lugar de la mejor garantía ética que en esas circunstancias ofrecía la clase política al país.*

La emergente revalorización de los procedimientos institucionales encontraba en la apelación ética de Alfonsín la posibilidad de una garantía de reciprocidad, de ajuste del comportamiento a reglas que hiciesen previsible y confiable la acción del otro. La transición argentina no cuenta con funciones institucionales como la del Rey en la España postfranquista o con grandes pactos explícitos, como en otros países. En el nuestro, las garantías de la transición se confunden bastante con la confiabilidad personal que puedan obtener ciertos políticos.⁵ *La apelación ética funcionó además como un referente común, como un principio de unidad en el imaginario político de un país profundamente fragmentado por la crisis.* El vínculo de sentido que proponía la palabra del futuro Presidente se basaba más en cierto contrato de reciprocidad y en referentes institucionales generales que en la adhesión a doctrinas definidas. Evidentemente el verosímil de Alfonsín estaba teñido por una inspiración liberal pero no subordinada a una problemática conservadora, como había sucedido en diversas oportunidades históricas, particularmente desde fines del siglo pasado. En el año 1983 el discurso de Raúl Alfonsín intentó una difícil ecuación posteriormente desdibujada: la compaginación de los principios de las libertades y derechos individuales con temática que

⁵ Las encuestas de opinión nos brindan un dato sugestivo al respecto. En momentos en que las preferencias partidarias de los que ya tenían decidido su voto favorecían al Partido Justicialista, las preferencias por candidatos ya favorecían a Raúl Alfonsín.

expresaban demandas sociales ("con la democracia también se come, se educa, se trabaja", etcétera). Era un discurso que combinaba un tono ético explícito con la agregación de demandas que invadían confrontativamente los temas y tradiciones más propias del peronismo y de vertientes de la izquierda. Este discurso electoralmente exitoso se sostenía, como venimos planteando, en una resonancia positiva con componentes elaborados en el seno de las culturas políticas mayoritarias desde fines del gobierno de Isabel Perón y que fueron adquiriendo un curso más definido durante el gobierno militar. La sola consideración del tipo de crisis del gobierno del Proceso y de la forma cómo se reubicaron los partidos políticos entre el Estado y la sociedad en su desenlace electoral, indican por sí solos las dificultades y hasta la imposibilidad de que la transición política argentina se hubiese apoyado en un pacto democrático formal entablado por los partidos y otras instancias de la sociedad civil.⁶ Sin embargo, creemos que se podría afirmar que, en un plano más difuso e informal, en el de las culturas políticas, *se entabló un pacto entre gran parte de la dirigencia política y el electorado definido principalmente en tratar de impedir la repetición de cierto pasado.*

Los partidos mayoritarios.

La actual configuración del sistema de partidos argentinos nos muestra una marcada preponderancia del Partido Justicialista y de la Unión Cívica Radical. Pero a diferencia de los años '50 han disuelto su perfil de alternativas casi excluyentes entre sí.⁷ Ambos remiten a tradiciones históricas diferentes y mantienen un electorado con centros de gravedad social distintos, pero en estas décadas han disminuido el perfil contrastante de sus identidades. En el marco de una acción política menos regulada doctrinariamente, habiendo vivido la experiencia de enfrentar enemigos comunes de corte autoritario y compitiendo por la conquista de ciertos sectores del electorado con capacidad de desempate, estos partidos se caracterizan por la tendencia a la agregación de hetero-

6 Uno de los temas principales de una posible antropología política del país es el de las características de la ocupación del espacio público por parte de la población en actos y marchas políticas. La histórica Plaza de Mayo fue escenario a fines de 1982 del hecho que quizás terminó de definir el curso de los acontecimientos en dirección a las elecciones generales: la marcha y concentración de la Multipartidaria. La plaza pública construyó en el país una parte fundamental de la gramática de la política, lo que en la actualidad se replantea en la cuestión de las relaciones entre demandas, deliberación, procedimientos, pactos institucionales, reforma del Estado, etcétera.

7 Nos referimos al curso actual, fechado en 1987, del justicialismo. En su seno se mantienen abiertas contradicciones y dilemas significativos, pero presenta la clara preponderancia de sus corrientes renovadoras (que pasan a ser las protagonistas principales de esos mismos dilemas).

géneos sectores sociales y demandas y no por alguna ortodoxia ideológica que regularía su acción.⁸

Cabe aquí una breve reflexión comparativa con lo que se conoce como "catch all parties" en la ciencia política: partidos también de agregación de clientelas y bases heterogéneas, pero que tienden a generarse en condiciones muy diferentes a las de la política argentina. En efecto, en ciertos países europeos, por ejemplo, estos partidos se van conformando a partir de una sostenida estabilidad institucional, cierta mayor homogeneidad social, el aumento regular de la competencia electoral entre ellos, teniendo su sede principal de representación y acción en los Parlamentos.

En la Argentina, podrá comprenderse fácilmente, en todo caso estos partidos -si tal es el parecido del peronismo y el radicalismo- son previos a todas estas condiciones. Esto es: son así por su aspiración a la estabilidad y la articulación de una sociedad fragmentada por una larga crisis integral. No están generados ni sostenidos por las condiciones apuntadas antes, sino por algo concerniente a las relaciones entre la cultura y la política, y que ensayaremos analizar brevemente en las páginas que siguen.

La transversalidad cultural del sistema de partidos.

A raíz de procesos que habría que reconstruir en una dimensión histórica más de mediano y largo plazo y por la forma de colapso que tuvo la crisis del proceso, los mecanismos institucionales de representación como los partidos deben competir con redes de poder y reconocimientos que incluye a sectores del mundo de las finanzas, de la iglesia, de las Fuerzas Armadas, de los medios de comunicación de masas, de las mismas elites políticas. Estos sectores están habituados a cierto trato mutuo y a reconocerse como los que pueden crear ciertas situaciones de hecho y decidir sobre diversas cuestiones.

Cuando se trata de incluir demandas de la sociedad en estos sistemas -que guardan complejas relaciones con las instituciones formales de la democracia-, nos encontramos con una situación particular. La propuesta y el discurso partidario no pueden sostenerse exclusiva ni preponderantemente en sus matrices doctrinarias. *Los partidos políticos no están en condiciones de reclamar para sí el monopolio del sentido de la vida social del país.* Esta afirmación se refiere a algo bastante evidente. Una mínima descripción de la escena pública argentina nos presenta a los partidos sólo como uno de los diferentes tinglados que la conforman: las

⁸ Estos dos partidos obtuvieron el 92% de los votos en 1983, cifra repetible en una confrontación decisiva de elecciones a gobernador de provincias o en las presidenciales. Además de sus caudales propios, estos partidos agregan el voto táctico de otros contingentes políticos destinado a bloquear el eventual triunfo de uno de ellos.

reuniones tentativas de la concertación social, el juicio a las Juntas Militares por la violación de los derechos humanos, las elecciones internas sindicales y partidarias, los comportamientos microsociales regulados por la cultura de la inflación, el acto y las concentraciones populares por diversas demandas.

Sin embargo, la constitución del régimen político democrático no define por sí las atribuciones de la acción de los partidos. En este punto nos situamos en el carácter ambiguo de la política, frente al hecho que debe hacer un esfuerzo permanente para definir, precisamente, el atributo de político o de no político de los problemas de la vida social. La democratización institucional, entonces, lejos de plantearnos una "vuelta" a algo natural y previamente definido, que ya sabemos de qué se trata, repone un campo de experiencias concretas en el que se recrean viejas y nuevas maneras de preguntarse qué es la política.⁹

Nuestra conjetura sobre la transversalidad cultural del sistema de partidos es sólo una de las maneras en que volvemos a girar alrededor de este interrogante. Desglosaremos el tema en varios aspectos, que presentaremos no en una secuencia cronológica ni como una valoración global de los primeros pasos de la democracia desde 1983, sino más bien en sus aspectos diferentes, en tanto síntomas de las relaciones entre política y cultura en la actual democratización de la Argentina.

a. La experiencia de vida pública.

Una de las cuestiones fundamentales que debe resolver el régimen democrático en el país es la de dar una solución estable, para el largo plazo, a un grave problema histórico irresuelto: el de la incorporación de los sectores populares al sistema por intermedio de los mecanismos de representación política. Los golpes de Estado de 1930 contra el gobierno radical de Yrigoyen y el de 1955 contra el gobierno peronista fueron los dos grandes hechos históricos que revelaron la disposición a la exclusión política y al autoritarismo de determinados sectores e intereses estructuralmente dominantes desde el punto de vista económico-social.

En la Argentina, los más amplios sectores populares no se encaminaron históricamente hacia propuestas marcadamente alternativas al sistema capitalista, pero su inclusión en el mismo fue siempre conflictiva, producto de luchas que contenían reformas fundamentales de la vida del país. El radicalismo de principios de siglo y el peronismo de los 40 fueron los dos grandes movimientos populares y reformadores frente a los

⁹ Aunque en la vida política actual es poco frecuente un debate sobre el fundamento de la política y las discusiones sobre las políticas públicas oscilan entre las versiones técnicas que tienden a sustraerla de la deliberación pública y las apelaciones genéricas a principios, la Argentina actual no se sustrae a las problemáticas mundiales sobre el rol del Estado, la gestión social y la iniciativa privada que desencadena la reformulación de los Estados de bienestar generados desde la última posguerra.

cerrados mecanismos tradicionales de dominio social. A los pocos años de la ampliación sustantiva del padrón electoral (merced al derecho al voto de la mujer y a los extranjeros adquirido bajo el primer peronismo) el golpe de 1955 reintrodujo al país en la inestabilidad política.

Esta tortura historia institucional hace que la posible oscilación de la población entre la vida privada y la vida pública no obedezca a una suerte de ciclo natural, sino que sea producto del resultado de grandes confrontaciones con temporarios vencedores y derrotados desde el punto de vista político.¹⁰

A comienzos de la década del 70 la política estaba marcada por la creciente acción colectiva que comenzó con el Cordobazo de 1969 que derrumbó "de abajo para arriba" al gobierno del General Onganía. Y hasta fines del año 1975 el tono participativo de la ciudadanía fue muy alto. Luego del golpe de marzo de 1976, terror mediante, se produjo una masiva privatización de la vida de los argentinos.

En un sentido o en otro, lo que pasaba en el poder estatal involucraba directamente la vida cotidiana de amplios sectores. Por ello, creemos apropiado formular la hipótesis de que los "mundos de vida" individual han sido el gran cable a tierra defensivo en la vida de los argentinos, frente a contingencias de una inestable y riesgosa escena pública. La cotidianeidad, la familia, la vida laboral y barrial, el tiempo libre, a pesar de no haber escapado a las grandes conmociones del país, *han sido relativamente más estables, más continuas que la tumultuosa, brusca y cambiante escena política.*

Es por esta zona de la experiencia individual, de los microrrelatos, de un universo cultural poco conocido y poco probable de demostrar con pruebas directas, que se produjeron las transformaciones en relación a las cuales el discurso político que reaparece luego de la guerra de Las Malvinas construye su principal intertexto.

Aunque no abundan, en el país ya se han producido diversas hipótesis acerca de la capacidad del gobierno militar de filtrar a la vida cotidiana de las personas y las familias ciertos estilos y modelos de comportamiento autoritarios, en ciertos casos acentuando y apoyándose en tendencias preexistentes en las culturas políticas. También se ha

¹⁰ Albert O. Hirschman al plantearse la interpretación de los ciclos de vida pública y de vida privada que transcurren en el mediano y largo plazo de ciertas naciones, construye la hipótesis de que este movimiento cíclico está regulado por alternativas decepciones en lo público y en lo privado. Afirmación que consideramos como una clave de interpretación central para el tema. Pero para nuestro caso cabe no olvidarse que el autor está pensando estos ciclos en el interior de parámetros institucionales estables. En la Argentina los ciclos de acción colectiva en la escena pública y posterior repliegue a lo privado, tienen que ver directamente con fases de golpes de Estado y de posterior reinstitucionalización democrática. Véase el sugerente texto de Hirschman, *Shifting involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, 1979.

razonado sobre los mecanismos de supervivencia subjetiva de los individuos durante el Proceso que no pueden ubicarse en el rubro anterior sino que se volatilizan con el cambio de las circunstancias políticas. Finalmente, la discusión también incluyó la referencia a la acción social y al ejercicio de la memoria colectiva que preservaron valores fundamentales contenidos en las grandes tradiciones populares nacionales.¹¹ En este texto no queremos entrar directamente en esta discusión sino señalar una extendida característica de la actual configuración de sentido común político. Lo que afirmamos no se refiere a la característica global de las culturas políticas argentinas, pues su estudio requiere realizar una serie de distinciones atentas a sus segmentaciones internas: sociales, de género, etarias, partidarias, culturales, etcétera. Hablamos de la formación de un extendido sentido común en el que *se ha producido una disociación entre los saberes fragmentarios que se tienen de la realidad de la vida del país (revelación con el Fondo Monetario Internacional, capacidad de presión de las Fuerzas Armadas, condicionamientos externos de los grandes poderes internacionales, papel de cierta operatoria del sistema financiero como obstáculo del crecimiento económico, etcétera) y el sentido que estos saberes tienen para los individuos en su acción social.*

Los años 60 y 70 se caracterizaron por una asociación estrecha entre saber y acción: el desarrollismo modernizador unía el diagnóstico del subdesarrollo con la confianza en la planificación estatal y los efectos o "impactos" beneficiosos de las nuevas tecnologías en el Tercer Mundo; el marxismo intentaba dilucidar "leyes de la historia" y hacía de cada una de sus conclusiones una implicancia ética y práctica inmediata; los movimientos de liberación hablaban del desenmascaramiento de la dominación imperialista y colonial en un discurso de develación de la verdad también con implicancias prácticas imperativas. Saber sobre la realidad, ética y sentido de la acción se articulaban en un solo haz de significación.

Las distintas insuficiencias de estas concepciones frente a la realidad que ellas mismas habían colaborado a generar y, fundamentalmente, la cultura del miedo, el terror, la construcción del pasado en el discurso oficial y el manejo de la culpa colectiva bajo el gobierno militar, operaron disociando los saberes que mencionamos y el sentido de la acción inmediata. Por una parte, es propio de la aceptación de los procedimientos democráticos una posicionalidad basada en la aceptación del juego de la pluralidad, que no sólo remite al reconocimiento del espacio y

¹¹ Al respecto pueden consultarse los siguientes trabajos: "Democracia en la Argentina macro y micro" de Guillermo O'Donnell publicado en *"Proceso", crisis y transición democrática/ 1*, Oscar Oszlak (compilador) CEDAL, 1984; *"National rock and dictatoschip in Argentina. The innocent are the guilty, says his highness, the King of spades"*, publicado en *Popular Music Yearbook*, Cambridge University Press, 1987, de Pablo Vila; "La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro" de Cecilia Braslavsky publicado en *Revista de la CEPAL*, número 29, 1986.

el desecho de los otros sino que despoja -o debe despojar- de seguridades autoritarias a los conocimientos, creencias y opiniones de los individuos. Pero esta afirmación es más que todo deductiva, casi tautológica, si se habla de un sistema que pese a todas las marcas del pasado autoritario que contiene, sin embargo está construyendo un régimen democrático. La conjetura que queremos hacer aquí se refiere a que *esta historia política nacional ha tornado más disociada la relación entre saber y sentido*, ya que todo el bagaje cognitivo de los individuos está subordinado al sentido de la oportunidad, de lo posible y lo imposible, de la nada clara respuesta acerca de qué puede hacer la política con los problemas de la sociedad. En el ciclo político anterior al golpe y que culminó en el primer quinquenio de la década del 70 con el éxito del discurso que se sintetizaba en la consigna "dependencia y liberación nacional", los saberes confirmaban la posibilidad de la acción; hoy lo posible da un tono, una inflexión al saber y redefine la implicancia pragmática que tiene para los individuos.¹² De tal modo, por ejemplo, una vasta zona de la población puede considerar a la deuda externa como ilegítima o expoliatoria pero, al mismo tiempo, considera que hay que renegociarla en alianzas con otros países latinoamericanos para pagarla de otra manera, excluyendo la posibilidad de que su ilegitimidad se exprese directamente en la actitud de no pagarla.

Se trata no sólo de un cambio de función o de lugar relativo de estos saberes, sino de algo más profundo: el debilitamiento de las doctrinas partidarias y de las utopías sociales combinado con la capacidad de ciertos saberes técnicos para apropiarse de algunas temáticas que hacen al funcionamiento global de la sociedad, los tornan explícitamente parciales para la visión del propio individuo; su precariedad para construir una explicación totalizante del sistema social acentúa el hecho de que el sentido que estos saberes tienen para el individuo se define más en su implicancia pragmática personal que en imperativos de acción deducidos automáticamente de estas representaciones de la realidad.¹³

Esta relación entre saber de la realidad y sentido de la acción no necesariamente redundante de por sí en comportamientos adaptativos; depende de la oferta política presente en el sistema democrático, de la disposición a la innovación y transformación, de mantenimiento de una ética del espacio y la deliberación pública, de la búsqueda de un sentido nuevo de la oportunidad y de las brechas que presentan los condicionamientos estructurales nacionales e internacionales, de la disposición a explotar el factor azar y la suerte a pesar del estrecho lugar

¹² Hablamos de una articulación preponderante autorreferente de las culturas políticas tal como señala la pragmática lingüística: el sentido de la acción incluye centralmente la dimensión intersubjetiva y no está dominada por una concepción representacionista del saber basada en desentrañar sólo las características de la "realidad objetiva". Desarrollamos este tema en *"El discurso sobre lo posible"*, edición citada.

¹³ Estas y otras consideraciones sobre las características de las culturas políticas

reservado para los países periféricos en la reestructuración actual del sistema internacional.

b. Los temas de la transición.

En la etapa previa a las elecciones de 1983, los partidos tendieron a recoger en sus mensajes y plataformas una gran cantidad de demandas acumuladas en la sociedad argentina. A pesar que en algunos partidos se distinguía entre problemas del corto, del mediano y del largo plazo, de hecho, las demandas quedaban superpuestas, como en una suerte de tiempo único. Instaladas las instituciones de la democracia comenzó el nada lineal proceso de redefinición de las prioridades, de la acotada agenda pública de la transición política.

Sin embargo, este procedimiento y redefinición de demandas encontró a los partidos en una pinza formada por la supervivencia y las presiones de ciertas herencias que recibía la democracia (operatoria del sistema financiero, actitudes de sectores de las Fuerzas Armadas, presiones de la cúpula de la iglesia católica, intereses sectoriales, etcétera) y por el sostén cultural en que se elaboraban en la población las demandas que ellos habían recogido en sus programas.

No cabe en este tramo del texto realizar un análisis de la gestión del gobierno radical, sino tratar de describir cómo el trabajo del gobierno y, con otras características, el de la oposición partidaria por adquirir capacidad de elaboración y transformación de las demandas de la sociedad, es por demás dificultoso. ¿Qué es o no de su dominio? En la transición institucional se daba una situación en la que parecía que la política no tuviera ni un "adentro" ni un "afuera" nítido. El sistema político se cargó de cuestiones propias de los años vividos anteriormente no fácilmente transformables en cuestiones "técnicas": los derechos humanos, la libertad individual, la patria potestad sobre los hijos por madres y padres, el diferendo con Chile por el Canal de Beagle, etcétera. Estas cuestiones oscilaban entre ser "de todos", en tanto reivindicaciones asociadas al régimen democrático y no a un gobierno o grupo de partidos, y cuestiones de la "conciencia individual", zona de borrosas fronteras comparadas con los dominios de las habituales "políticas públicas" de países con larga estabilidad institucional.

La característica de estas temáticas es ser transpartidarias, de cruzar en diagonal al sistema de partidos, particularmente a su núcleo masivo bipartidario. Una política antiinflacionaria, por ejemplo, contiene por lo menos una doble faz. Por un lado, económica en un sentido estricto, aquella referida a las medidas que inducen comportamientos y

argentina son tributarias de una investigación realizada por Heriberto Muraro y Oscar Landi sobre las lógicas de la "recepción" de la información transmitida por la televisión. Un primer producto escrito de tal trabajo es el artículo de Oscar Landi "Mirando las noticias" en *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, editorial Hachette, Argentina, 1987. Con esto también señalamos la informal coautoría de varias de las conjeturas aquí presentadas.

respuestas de los agentes económicos de manera directa (presupuesto nacional, tipo de cambio, tasas de interés, salarios, precios, etcétera). Y, por otra, referida a la necesaria ruptura con lo que llamamos la "cultura de la inflación", esto es, los conjuntos de hábitos, creencias, nociones del tiempo que generaban uno de los principales problemas: la inercia inflacionaria, el hecho de que en el cálculo de los agentes económicos la inflación de cada mes tenía como piso mínimo a la inflación del mes anterior. Cultura del adelantamiento al otro (al precio del otro), de la hiperinformación diaria sobre la evolución de los valores, de la aparición del género del comentario financiero en el noticioso televisivo y radial, etcétera.

c. La simbolización cultural del intercambio político.

En 1984 se realizó la consulta acerca de la aprobación o no de la propuesta papal para la firma de un tratado con Chile que resolviese la disputa entre ambos países por la zona del Canal de Beagle, en el extremo sur del continente. En esa oportunidad, el Partido Radical propuso la consulta y votar en ella la aprobación del tratado propuesto por el Papa. La dirección del Partido Justicialista, dominada entonces por sus cúpulas de derecha, recomendó la abstención, no ir a votar, dado que el tema no había pasado por la consideración del Parlamento. La consulta se realizó y con importantes porcentajes de votantes. Era evidente que gran parte de los votantes del peronismo no habían acatado la recomendación de la cúpula partidaria. Estudios posteriores demostraron, por ejemplo, que en la Capital Federal se podría estimar que un 85% de votantes del radicalismo y un 70% de votantes del peronismo de 1983, habían votado en esta oportunidad por la aprobación del tratado papal. La cifra no era tan próxima en La Matanza, bastión electoral del peronismo, pero era de todos modos significativa: habían votado por la propuesta un 85% de votantes del radicalismo y un 60% del peronismo.¹⁴

Esta desobediencia del electorado peronista podría interpretarse dentro del ámbito de la competencia de los partidos entre sí, y entonces se tendría que hablar de un significativo traspaso de preferencias desde el justicialismo al radicalismo. Pero este sería un enfoque politicista, que supone que los hechos sucedieron exclusivamente en relación con los partidos políticos. Al año siguiente, en las elecciones destinadas a la renovación parcial de la Cámara de Diputados y del Consejo Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires, el enfoque politicista se vería defraudado. El Partido Radical evidenció un retroceso significativo y el Partido Justicialista aumentó su votación para diputados respecto al año 1983.¹⁵

¹⁴ Véase "La consulta por el Beagle en la Capital Federal y La Matanza", de Darío Cantón, Jorge R. Jorjat y Luis R. Acosta, aparecido en la revista *Desarrollo Económico*, número 97, 1985.

¹⁵ En este cuadro también se expresa la agregación de votos que concitó la candidatura presidencial de Alfonsín, que luego se desagregó, en parte, volviendo un porcentaje de votos a su cauce partidario propio, particularmente hacia el centro-derecha, esto es, los votos de la Unión del Centro Democrático.

Es indudable que en este resultado influyeron cuestiones estrictamente políticas, entre ellas, la renovación interna del Partido Justicialista de la Capital, en la que los sectores que combinaron mejor sus banderas históricas de la justicia social con las de la consolidación de un régimen y de una cultura política democrática accedieron a la dirección partidaria. Pero *el voto por el tratado sobre el Canal de Beagle se había decidido en espacios y mediante razonamientos y saberes no estrictamente partidarios*. El Partido Radical volvió, en esa oportunidad, a hacer una propuesta que recuperaba aspectos de las transformaciones culturales subyacentes a las que ya hemos hecho referencia. Los temas de la vida y la paz fueron un componente del discurso oficial, pero también las virtudes geopolíticas del Tratado que, en general, la gente no compartía o no le importaba. Se trataba más que todo de entregar tierras por paz, de evitar el reingreso de las Fuerzas Armadas en la escena política y su rearme (que derivarían de un rechazo al Tratado), etcétera.

Podemos conjeturar que *la población demostró una explícita intención de intercambiar bienes de diferente naturaleza, que excedían lo que los mapas o los discursos partidarios pudieran significar, que se constituía fundamentalmente en la trama de las culturas y los mundos de vida*.

d. Crisis de las doctrinas y circulación temática.

La actual democratización de la Argentina viene acompañada de la desarticulación de matrices doctrinarias que tuvieron vigencia durante largos años de lucha política nacional. Las construcciones nacionales, populares y estatistas del peronismo originario, la articulación conservadora en la que había quedado históricamente situada la problemática liberal, el pensamiento marxista en sus diversas variantes, han perdido capacidad de "cierre" de sentido de los enunciados de la política.

Podríamos conjeturar que la hiperactividad política de comienzos de los años 70, con toda su carga de pragmatismo, sin embargo, estaba referida al supuesto de que la acción tenía alguna implícita apoyatura teórica y doctrinaria, representada por los partidos, algunos intelectuales, debates internacionales, etcétera. Hoy, el pragmatismo político es más tajante, tanto por el clima de época de la política internacional como por los condicionamientos de una coyuntura nacional muy fluida, de transición, de permanente reacomodamientos. Esto se puede constatar, por un lado, por *el alto grado de circulación temática entre los diferentes discursos partidarios: se han reducido la cantidad de "temas propios" de los partidos*. Y, por otra parte, *ciertas cuestiones no pueden estabilizarse como articuladoras del debate y de la constitución*

*mutua entre los partidos.*¹⁶ Un ejemplo muy significativo fue que, durante la campaña electoral del 85, desde el radicalismo se intentó hacer reaparecer la cuestión del pacto militar-sindical, que tantos frutos le diera en 1983, pero en esta oportunidad la cuestión no funcionó. Dada la realización de elecciones en los sindicatos, las menores evidencias de que tal pacto pudiera existir, etcétera, el intento radical no sólo fracasó sino que arriesgó a convertirse en algo negativo para su propia imagen, en la medida en que ahora aparecía como un intento de confrontación con los sindicatos no deseado por la mayoría del electorado.

La desarticulación doctrinaria a la que hacemos referencia dentro del cuadro general de transformaciones de la cultura política nacional, incide en la posibilidad de fundamentar la existencia de grietas generacionales en cuanto a la transmisión de ciertas tradiciones y doctrinas políticas manifestadas, entre otros hechos, por las diferencias que tienen las relaciones que los partidos entablan entre sí con las que a su vez sostienen sus respectivas organizaciones juveniles.¹⁷

e. La palabra partidaria y los discursos sociales.

Si bien la Argentina no es un país en el que los movimientos sociales hayan logrado disputar seriamente a los partidos y a los sindicatos la representación de intereses sociales, sin embargo vienen cumpliendo destacables funciones en cuanto a la diversificación de las formas de representación, en la educación en cierto estilo de entrada y salida del espacio público por parte de los individuos no regulados por exigencias partidarias, en la multiplicación de voces y de lenguajes que intervienen directa o indirectamente en el curso de la acción en el escenario político. No entraremos aquí en su examen ni en las discusiones acerca de las relaciones competitivas que pueden guardar con los partidos, atentos a una de sus características: la de confiar en que su fuerza está en la singularidad de sus demandas y protagonistas y no tanto en un posible desemboque generalizado de movimientos en la arena política homogeneizados por un discurso totalizante y externo a los mismos; más bien repasaremos rápidamente sus funciones en lo que

¹⁶ Un síntoma de esta situación es la facilidad con que casi cualquier tema propuesto por algún sector político o sindical puede ser calificado por un adversario como "cortina de humo" destinada a ocultar los "verdaderos" problemas del país.

¹⁷ Por ejemplo, una investigación realizada por Vicente Palermo, basada en encuestas a dirigentes de unidades básicas peronistas y comités radicales en la Capital Federal, establece dos universos de respuestas según se considere la edad de los entrevistados: los jóvenes de ambos partidos son mucho más parecidos entre sí que los mayores. Véase "Militando después del "Proceso": partidos populares y cultura política", revista Unidos número 9, abril de 1986, Buenos Aires.

hace a la dispersión de las formas de significación social y política. Para ello haremos una enumeración no de movimientos sociales sino de discursos presentes en la vida social, ya que la inclusión de algunos de ellos en el rubro "movimientos sociales" es discutible. Realizadas estas aclaraciones, podemos mencionar cuatro variantes de lenguajes constitutivos de nuestras culturas políticas.

En primer lugar, el de los movimientos de derechos humanos, las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo. En ellos se mantiene una temática enunciada por los partidos, pero de difícil sostenimiento por ellos, particularmente para los que deben o pretenden definir políticas para las Fuerzas Armadas. Sus pronunciamientos tuvieron una gran capacidad de filtrar en el sentido común y de dar pie a equivalencias discursivas en que otra serie de reivindicaciones renovaban su presentación bajo la forma de derechos humanos, aunque a nivel de la vida cotidiana esta temática no podía sostenerse presente permanentemente en la atención de los individuos y aunque el "realismo" frente a la recuperación de terreno y capacidad de presión de las Fuerzas Armadas pusiera límites a la justicia desde el Poder Ejecutivo (creación de tribunales militares para juzgar a los militares, ley del punto final, etcétera).

El tema de los derechos humanos hoy encuentra en la justicia el espacio central de contención: de tal modo se combinan el lenguaje jurídico, la evidencia de las pruebas, la palabra autorizada de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) y el lenguaje de estos movimientos en el que la imagen, el dibujo o la foto del desaparecido (la presentación de la ausencia) tiene un emplazamiento principal, dejando por lo general en un papel de significación secundario al lenguaje verbal.¹⁸

En segundo lugar, los movimientos vecinales y barriales que tuvieron lugar por ejemplo durante el tramo final del gobierno del Proceso, en esa etapa de gelatinosidad institucional que describimos antes y que abarcó desde el fin de la guerra de Las Malvinas hasta las elecciones, abrieron un nuevo espacio de disputa política que condicionó y atrajo la atención de los partidos.

En tercer lugar, si bien en la Argentina no se ha formado un importante movimiento organizado de mujeres por sus propios derechos, sin embargo los temas y discursos del feminismo (hablando en sentido amplio) tienen una significativa capacidad de penetración en los medios y en los discursos partidarios.

En cuarto lugar, como ya hemos planteado, la convocatoria del llamado rock nacional se fortalecía como una oferta de lugares de reconocimiento mutuo para jóvenes que vivían bajo una particular

¹⁸ Para esta temática véase el trabajo "Derechos humanos: la fuerza del acontecimiento" de Inés González Bombal, incluido en El discurso político. Lenguajes y acontecimientos, edición citada.

atención de la vigilancia estatal durante el Proceso. Estos espacios guardan una complicada -por lo menos ambigua- relación con la política: fueron y son antiautoritarios, pero no estimuladores de por sí de la participación partidaria de los jóvenes.¹⁹

Este conjunto de aspectos que ubicamos bajo el rubro de la transversalidad cultural de los partidos políticos, pueden dar lugar a una formulación más general que postule *la existencia de dos lógicas: la de la vida político-institucional y la de la vida sociocultural. Sus espacios y tiempos propios, sus posibles cruces y ligaduras constituyen esa notable característica de la Argentina de combinar la presencia de una disposición participativa comparativamente alta respecto de otros países con un sentimiento de los individuos, nada ingenuo, de lejanía respecto de las tramas donde se deciden las cuestiones trascendentes de la política.*

Los partidos políticos son una institución central de la democracia y así son reconocidos por los individuos en general, pero no generan identidades partidarias sólidas en la sociedad, como lo demuestra el dato elocuente que al promediar el año del gobierno radical las encuestas registraban a un 60 o 70% de entrevistados que no sabrían a quién votar si las elecciones se desarrollaran en ese momento. Por cierto, entre los diferentes partidos y las configuraciones de sentido común y culturas políticas presentes en la sociedad hay afinidades electivas que se ponen en funcionamiento, por ejemplo, en circunstancias preelectorales; pero estas afinidades pueden ser vulnerables por otras ofertas políticas, la difusión de una mentalidad volcada al voto táctico, de premio o castigo a una gestión de gobierno o al desempeño de la oposición. De ahí la posible eficacia de algunos discursos en una campaña electoral, su carácter productivo de opciones de voto en una franja de la población que decide una situación de relativo equilibrio de fuerzas entre los dos grandes partidos.

De la democracia como demanda a la democracia como modernización.

En los años '82 y '83 el discurso político tuvo eficacia en la misma medida en que rompió su propia inercia y fue capaz de introducir elementos presentes en las culturas populares y en el sentido común

¹⁹ Para un examen de los diversos movimientos sociales en la Argentina véanse los trabajos de Elizabeth Jelin, María del Carmen Feijoó, Mónica Gogna, Pablo Vila, María Sonderegger, Daniel García Delgado, Juan Silva, Inés González Bombal y Luis Fara publicados en *Los nuevos movimientos sociales*, edición citada. Para una relación entre estos movimientos y los partidos, véase el trabajo de Vicente Palermo "Movimientos sociales y partidos políticos: aspectos de la cuestión en la democracia emergente en la Argentina", CEDES, 1986, trabajo mimeografiado.

forjados por lo menos desde 1975. Su funcionamiento estuvo íntimamente cruzado por la transversalidad cultural a la que nos hemos referido, configurando una trama discursiva en la que la democracia como valor deseado adquirió una fuerte competencia argumentativa²⁰ y se situó como punto de referencia en relación con el cual se fue armando la nueva ecología discursiva de la política del país. La democracia funcionó entonces como el *valor emergente principal* que generaba puentes entre los más diversos discursos sectoriales y partidarios. Esta afirmación admite y requiere de salvedades: también seguían presentes en la sociedad bolsones autoritarios, ciertos estilos de la vida cotidiana marcados por los modelos de autoridad que ofreció el Proceso y largos años anteriores de exclusión política, golpes de Estado y crisis.

La legitimidad de origen del nuevo régimen político tenía un nítido sesgo antiautoritario o, por lo menos, estaba situada en el deseo de la no repetición del pasado inmediato. Este aspecto fundamental se va a manifestar por ejemplo en dos tipos de fenómenos que perduran en la vida política desde 1983. Por una parte, la posibilidad del Dr. Alfonsín de ejercer un doble rol: el de aparecer como garante personal del informal pacto democrático al que nos hemos referido antes y como principal barrera para la no repetición del pasado y, según las circunstancias, el de aparecer como dirigente partidario que vuelca todo su prestigio en una lucha intersectorial. De ahí la tendencia del radicalismo a encarar procesos electorales como el de 1985 como plebiscitos, como momentos en que la ciudadanía debía volver a reafirmar el presidente aunque como persona no se presentase a candidatura alguna, como momentos en los que su discurso connotaba a la población que un eventual triunfo del peronismo significaría un replanteo amenazante del juego político democrático dadas las fuerzas que pondría en movimiento, sus posibles conflictos internos, etcétera. Esto es, junto con otras argumentaciones y la referencia a hechos considerados como realizaciones gubernamentales, se presentaba cierto tema que recorría y daba sentido final al discurso: el sistema democrático dependía de que el radicalismo volviese a ganar las elecciones.

En esta estrategia argumentativa la reafirmación de la capacidad del radicalismo para impedir la vuelta de ciertas formas de hacer política del pasado tendía a contrapesar las eventuales fallas referidas a la legitimidad de rendimiento de las políticas gubernamentales (políticas sociales, salariales, etcétera). Esta especie de argumento último, destinado a disipar dudas, tuvo una extendida influencia en la población

²⁰ En el sentido así planteado por Ducrot: "...si se admite un acto ilocutorio de argumentación, este acto consiste en imponer al destinatario una determinada conclusión como la única dirección en la que el diálogo puede continuar (el valor argumentativo de un enunciado es, de este modo, una especie de obligación relativa a la manera en que el discurso debe ser continuado)". En *decir y no decir*, Anagrama, Barcelona, 1982, pág. 251.

durante los primeros tramos de vuelta a la constitución, fue su especial manera de "dar tiempo" al nuevo gobierno. Pero poco a poco la evidencia de que la Argentina no atravesaba una situación de riesgo golpista inmediato, la recomposición gradual (y tortuosa) del peronismo mediante elecciones internas, la insistencia de los más amplios sectores del espectro político en defender el sistema institucional, el deterioro de la vida social que incluyó en el primer tramo de la política gubernamental la hiperinflación, la caída de salarios, la ausencia de políticas sociales, etcétera, fue planteando en amplios sectores otra manera de ponderar las relaciones entre la legitimidad de origen y la legitimidad de rendimientos. El Presidente Alfonsín había repetido durante la campaña electoral de 1983 que con la democracia también se comía, se educaba, etcétera. Su discurso había articulado la necesidad de entrar a una nueva etapa política institucional con temas de la tradición peronista de la justicia social y con la apelación ética. El curso del proceso político comenzó a desagregar al amplio contingente que giraba alrededor de la posibilidad de que alfonsinismo y democracia fueran una sola cosa. Quizás la frase con más poder de síntesis es la aparecida en algunas paredes de la ciudad: "Yo quiero a la democracia, pero la democracia ¿me quiere a mí?" En ella se está sintetizando un momento ambiguo, de transición; la democracia es mentada como sistema en su primer tramo y como sistema y gobierno en el segundo.

Esta semantización de la política está, por cierto, entrelazada con procesos de segmentación social, de realización o no de intereses y expectativas, pero tiene gran capacidad de atravesar y unificar universos sociales heterogéneos.

Es significativo que el tema del cumplimiento o no de las promesas electorales comienza a salir a la superficie del debate político pasado el tercer año de democratización. No estamos hablando que en la población o en la clase política exista una cultura que valore más cumplir promesas que adaptarse pragmáticamente a las circunstancias. Cualquier partido que accede al gobierno luego de un proceso autoritario tan convulsionado, con un saldo de tanta fragmentación en el aparato estatal, luego de largos años de deterioro del flujo informativo y del conocimiento sobre la configuración real del país, debería replantear sus objetivos a partir de lo que encuentra en su nueva responsabilidad de gobierno. Por otra parte, en el marco de un momento de reestructuración de las relaciones de poder internacionales, de crisis económica e incertidumbre, con el debilitamiento del peso de las doctrinas en la acción política, el mismo concepto de programa electoral está en discusión.

Lo sintomático de esta aparición de la referencia al cumplimiento o no de las promesas electorales tiene además otras connotaciones en el caso de la Argentina actual. En efecto, la legitimidad de origen deja colocada a la democracia en una permanente y casi exclusiva relación con el pasado, al que se intenta impedir su retorno. ¿Y el presente y el

futuro? Es entonces que hacia 1985 el gobierno introduce la problemática de la necesidad de modernizar al país. Verdadero "cajón de sastre" el concepto puede incluir la difusión de la informática, el cambio de las leyes laborales, la ley de divorcio, el cambio de la sede territorial de la Capital federal, la privatización de las empresas públicas, etc. Una primera consideración de la cuestión podría ser la siguiente: la temática de la modernización intenta destrabar la política argentina constituida principalmente en relación con el pasado. Pero un segundo examen nos hace llegar un poco más lejos: la temática de la modernización se presenta como un nuevo *principio de legitimidad política* que discrimina las demandas y las políticas legítimas o ilegítimas en el clivaje antiguo/moderno (como otra manera de significar pasado/nuevo ciclo histórico). La conjetura que quisiéramos presentar a esta altura es entonces la siguiente: *la temática de la modernización en la palabra oficial supone un intento de desarticulación del discurso radical de la campaña electoral de 1983, con su vocabulario de partido de oposición, con sus aspectos populistas, con su apropiación de las temáticas sociales del repertorio y la tradición peronista y de izquierda.*

Esta operación reconoce entonces una significación profunda porque implica no tanto un conjunto claro de tareas viables para la iniciativa social y empresarial del país, sino porque funciona en el nivel de principio de legitimidad y tiende a desarticular la lógica cultural-política con que el radicalismo accedió al gobierno (por supuesto manteniendo temas y reivindicaciones que se plantean como deseables de obtener en el futuro pero redefinidos en el orden establecido por la nueva problemática).²¹

Se puede decir que esta operación es parte de la adquisición responsable por parte del gobierno (particularmente del Presidente) de una "cultura de gobierno". Pero en ella también está la marca del tipo de orientación general de las políticas del gobierno. No cabe en este texto hacer un análisis de la gestión del mismo, pero es inevitable describir el posicionamiento general que fue adoptando: cuenta en su haber la preocupación por las libertades individuales y políticas, la secularización de ciertas áreas de la vida social (familia, etcétera), su control de la hiperinflación, el ordenamiento en las cuentas públicas, etcétera. Pero asume todos los dramas e impases de una gestión de administración muy sensible a la presión de los poderes heredados y que en definitiva pretende estimular una vía capitalista de desarrollo refrenada electoralmente, en un país con serias restricciones económicas, depen-

²¹ El cruce entre la problemática del 83 y la de la modernización otorga al discurso alfonsinista ciertos rasgos del género "pastiche", en el sentido técnico del término: en él se mezclan demandas y apelaciones al sacrificio, exclusiones de temáticas de su propio repertorio electoral y referencias éticas, computadoras y viejas palabras.

dencia externa y estilos de comportamientos de sus grandes poderes reacios a lealtades partidarias y a la solidaridad social. Creemos que ciertos datos globales son elocuentes de su orientación general: pérdida de la distinción electoral entre deuda externa legítima y deuda externa ilegítima (que no se pagaría), particular ciudadano de mantener buenas relaciones con el sistema financiero internacional, su intento de evitar cualquier conflictividad con el gobierno de los Estados Unidos, ofrecimiento de concesiones fundamentales a los grupos empresarios de los que pasaría a depender la eventual iniciativa inversionista y reactivadora de la economía (blanqueo de capitales, entrega de la gestión del holding de empresas públicas a privatizar),²² formación de tribunales militares para juzgar a los militares en las causas de violaciones de derechos humanos y la ley del "punto final" por la que se pone plazo para la presentación de denuncias ante la justicia sobre dichas violaciones, ausencia de política social y redistribución de hecho de los fondos disponibles del Estado, preponderantemente hacia ciertos sectores de la clase media (orientación del crédito para la vivienda, mantención y ampliación de los subsidios para la escuela privada, deterioro de los servicios sociales brindados por el Estado, como la salud, crisis de la caja previsional de jubilados, etcétera).

A esta altura parece inevitable realizar una consideración general destinada a contextualizar las afirmaciones que acabamos de hacer. Con ello enfrentaremos una doble incomodidad: la de situarnos en una temática política de tipo general que tiene cierta discontinuidad con lo que venimos ensayando desde el comienzo del trabajo y la de tener que aclarar que lo que diremos a continuación es algo que no pretende preanunciar el curso de los acontecimientos futuros y sus posibles redefiniciones, sino que son afirmaciones muy fechadas y dependientes de las circunstancias presentes.

Vayamos al asunto. Si suponemos que en lo inmediato no hay peligro de que un golpe de Estado interrumpa la vida institucional del país y que el ciclo abierto con las elecciones de 1983 descarta la viabilidad de que la Argentina se encamine hacia alternativas de tipo socialistas revolucionarias, el cuadro general en que se desenvuelve su vida política presenta tres grandes campos, distinguibles entre sí a pesar de los cruces culturales o fácticos que puedan existir entre ellos:

a. los tendientes a una vía de desarrollo capitalista orientada directamente o a favor de los sectores empresariales más concentrados y los intereses de la banca internacional, que con un arsenal discursivo tomado preponderantemente del neoliberalismo conduzca a una especie

²² Uno de los temas más importantes que surgen en los debates sobre alternativas de desarrollo en el país es el referido a las características de su sector empresarial en cuanto a su capacidad de generar riquezas, disposición al riesgo productivo, hábitos especulativos, lealtades institucionales, etcétera.

de reestructuración "salvaje" de la economía nacional y de la inscripción internacional del país;

b. la gestión de esta vía por parte del gobierno actual, con las características, los dramas y dilemas que acabamos de enunciar;

c. las alternativas orientadas hacia un capitalismo reformista sobre la base de la recomposición política de los sectores populares, no sólo en términos de ciudadanía política sino también como actores colectivos de la política. Esta vertiente supondría también reconstruir el ejercicio de la conflictividad de los problemas sociales, culturales, políticos del país y contenerlos al mismo tiempo en las reglas del juego democrático. Este campo tiene como centro de gravedad al peronismo renovador, fenómeno ya de peso en la política nacional, pero de orientación aún no muy definida y que deberá afrontar definiciones internas de envergadura en cuanto a su programática, a la elaboración de la historia y el pasado del propio movimiento peronista y en sus formas de hacer política.

Estas grandes vertientes se dan sobre la base de la transversalidad cultural del sistema de partidos de la que hablamos, no se expresa tampoco transparentemente en los perfiles que distinguen a un partido de otro²³ y es susceptible de reconponerse súbitamente ante por ejemplo una eventual amenaza de golpe de Estado.

Bruscamente acabamos de introducir en el texto consideraciones cargadas de referencias a la coyuntura política, con sus particularidades y nombres propios. Volvamos ahora también inevitablemente de manera brusca al tipo de análisis que venimos ensayando desde el comienzo.

¿Qué es representable?

Uno de los problemas teóricos permanentes de la historia de la democracia es el de la representación política. En nuestro presente la cuestión se renueva en circunstancias en las que, por ejemplo, la adquisición de una "cultura de gobierno" lleva a un partido a replantear la problemática con que accedió a la mayoría electoral. Por una u otra vía se reabren una serie de interrogantes alrededor de los cuales quisiéramos terminar estas líneas con unas breves puntualizaciones: ¿qué es representable?, ¿qué es representación política?, ¿qué representan los representantes?

²³ Una reconstrucción de cómo se fueron votando en la Cámara de Diputados diversos proyectos de ley nos daría un panorama en el que frecuentemente los campos se dividían transpartidariamente, formando bloques heterogéneos que presentaban miembros de un partido determinado formando parte de ambos bloques de votantes

La representación política se ha ejercido y se ejerce de muy distintas maneras y es un concepto cargado de diversos significados. En nuestro país estamos ejerciendo procedimientos en los que el representante es autónomo, decide sobre la marcha sus posiciones frente a los temas planteados y debe someterse al control de los representados mediante elecciones periódicas. Nuestra Constitución Nacional de 1853 enuncia que "el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes". Esta fuerte marca liberal de nuestra carta magna supone que la capacidad deliberativa de la sociedad debe someterse sólo en la trama de reconocimientos mutuos internos de la clase política, en una especie de horizontalidad que periódicamente define por sus propias reglas la oferta de candidatos y de programas entre los que puede optar el votante. Este postulado fue sobrepasado en la práctica mediante las conquistas logradas por la ampliación de la ciudadanía sostenidas fundamentalmente en el yrigoyenismo y el peronismo. Pero contiene un núcleo de supuestos aún vivos y reactivados en este momento, cuando en nombre de los procedimientos democráticos se piensa en realidad en la reducción de la deliberación y del espacio público mediante la privatización de temas de la sociedad en los dominios exclusivos de los saberes técnicos, en la confianza en el juego de cintura del representante frente a las restricciones de los sistemas en que vivimos, en la asociación sistemática de la ocupación popular de la calle con la posible desestabilización política. En el fondo se supone que los representantes deben representar algo que ya está definido, como si fuera un dato preexistente al mismo ejercicio de la representación, un dato natural, un a priori sólo alterable en la próxima campaña electoral.

Pero los múltiples problemas de la sociedad no se convierten por sí en temas representables; ello se produce mediante abundantes conflictos político-culturales a través de los que se establecen los principios de legitimidad de la sociedad, aquellos puntos de referencia que nos dirán que ciertas demandas son legítimas y posibles y que otras no, que tal o cual acción de gobierno es buena o cuestionable. Hemos conjeturado que en la Argentina aún no se ha realizado un pacto institucional formal entre las diversas fuerzas políticas, pero sí uno de tipo político-cultural sostenido no en actas o papeles firmados y sí en el cruce de discursos, memorias, tácticas, rodeos, resignaciones, olvidos y expectativas basado en no repetir el pasado reciente o, por lo menos, ponerlo a cierta distancia del presente. Este impreciso acuerdo que tiene uno de sus temas centrales es no reintroducir a la violencia política como método y como concepción del conflicto político. Pero esto tendía y tiende a construir una frontera con el pasado y a vigilarla, cuestión que remite más a la conflictiva y pendiente construcción de la memoria colectiva que al diseño del futuro. Es en una inicial e incierta segunda fase cuando va

tomando forma más definida el debate por ciertos principios de legitimidad (modernización, liberación, socialismo, mercado, autoridad, etcétera) a través de los cuales la democracia puede encarar la labor de refundación de la vida nacional, período abierto que por su historia desde el colapso post Malvinas del Proceso no tiene ninguna épica ni época de oro ni mito originario propios. En la Argentina de 1983 no se sabía muy bien cuáles eran los datos básicos de su realidad, cómo había quedado conformado el país luego de años de cambios sin palabras, desinformados: un país que iba a modificar a su mayoría electoral, pero que pensaba que el peronismo volvería a ganar las elecciones. El diálogo y el compromiso entre representados y representantes se entabló en este terreno. Punto de partida histórico precario que hacía más evidente un hecho permanente de la representación política en cualquier circunstancia: lo representable es algo que se constituye y se deconstituye permanentemente al ritmo de la lucha política. Por cierto ganar las elecciones otorga a un partido el derecho de gobernar con sus proyectos e ideas, pero no por ello le da la exclusividad de transitar el camino de la definición de lo representable en cada momento. Y en esto está en juego el carácter participativo o no de la democracia.

Hay una suerte de constructividad permanente de lo a representar que reduce y mutila -aun en los mejores ejemplos de representación participativa- una realidad ontológicamente no encapsulable en la política o en el lenguaje. Por ello, precisamente, la participación y la recreación del espacio público que deseamos tampoco debería ser confundida con una suerte de imperialismo de la política sobre las otras prácticas sociales y culturales. Y no nos referimos sólo a que por más que es saludable fortalecer a nuestro sistema de partidos ellos no tienen de hecho el monopolio de la representación (ahí están los ejemplos de los movimientos sociales, barriales, culturales, juveniles). También hablamos del límite de fondo de toda forma de representación en el Estado: es incapaz de homogeneizar la diversidad, esa heterogeneidad, ese plus que sólo el imaginario autoritario puede concebir como reductible, como susceptible de consenso. Hablamos de la diversidad y singularidad de los trayectos existenciales frente a cuestiones que desbordan a la política como actividad específica: el deseo, la muerte, el goce estético, la religión.

Ahora bien, junto con los problemas referidos al alcance y los límites de la representación política se plantea el tema de la ampliación y recreación de sus formas. Para el pensamiento centrado exclusivamente en los temas de la gobernabilidad institucional y simbólica de la sociedad, la emergencia de demandas participativas, la aparición de procesos no contenidos previamente en la agenda pública, la irrupción de cuestiones no representadas en el sistema, son amenazantes, son cuestiones que sólo podrían funcionar como ofertas para el discurso autoritario, mesiá-

nico o desestabilizante. Sin excluir estas posibilidades digamos, sin embargo, que desde esta óptica el futuro sólo nos puede deparar una "jaula de hierro" institucional weberiana, pero pobre, con remiendos, sin recursos, urgida siempre por destematizar las cuestiones sociales y gradualmente aplanada culturalmente.

Consideradas desde otra óptica, la redefinición y ampliación de las formas de representación, la irrupción de lo no representado, el respeto por la autonomía de las acciones de la sociedad pueden ser el camino de la oportunidad democrática que nos vaya liberando de las restricciones heredadas o que, por lo menos, juegue su chance a dar curso transformador a nuestro rumbo institucional.

Enero 1987.